

EL AGUA Y LA CIUDAD DE OVIEDO: 1568-1613

JOSE MANUEL FERNANDEZ ALVAREZ

El agua es un bien de consumo fundamental para la supervivencia y desarrollo de todo núcleo urbano y el caso de Oviedo no es, ni fue, una excepción. A través de este artículo, síntesis de mi libro *La Fuente de Fitoria* de próxima aparición, se pretende dar a conocer cómo la ciudad de Oviedo afrontó el importante reto de dar solución al problema del abastecimiento de agua en los años finales del siglo XVI.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que la solución al mencionado problema implicó la realización de una nueva red de abastecimiento, lo que dio pie a la construcción de una de las obras más importantes de la arquitectura civil del siglo XVI español. Me refiero al Acueducto de los Pilares, del que Fermín Canella afirmó, en *El Libro de Oviedo*, que era una obra "definitiva y grandiosa" que "rivalizaba con las mejores de dentro y fuera del reino"¹. E Isabel Pastor Criado escribe que quizás este- mos ante el "mejor edificio de este tipo construido en España en el siglo XVI"².

Por desgracia a principios del actual siglo se produjo su demolición. Hago más las palabras de Adolfo Casaprima: "la mal entendida modernidad había ganado la batalla"³.

Es por ello que hoy sólo se conserva un tramo de cinco arcos, aunque siempre cabe la esperanza de que se plantee su futura reconstrucción.

En cualquier caso el planteamiento científico del tema requiere: analizar las causas del desabastecimiento ovetense; estudiar las propuestas que se presentaron para solucionarlo; y, finalmente, analizar cuales fueron los mecanismos de financiación empleados para lograr la materialización de dichos proyectos.

1. LAS CAUSAS DEL DESABASTECIMIENTO

Sin perder de vista el hecho de que la ciudad de Oviedo, al estar asentada sobre una colina, carece de manantiales de importancia en su interior, hay que comenzar considerando las deficiencias de la antigua infraestructura, que se nutría principalmen-

te del manantial de Granda del Anillo: la documentación deja entrever que las aguas procedentes del citado lugar carecían, en muchas ocasiones, de la salubridad mínima exigible para su consumo. Además eran escasas durante todo el año, no sólo por causas climáticas sino también por los daños existentes en la antigua conducción, mal conservada. En casos extremos nos encontramos, incluso, con el desabastecimiento total de la población, que veía como los caños de las fuentes dejaban de manar agua.

Sin embargo la causa más importante ha de ser el aumento del consumo, o lo que es lo mismo, el aumento de población. La ausencia de datos demográficos precisos impide ratificar dicha afirmación, pero es lógico pensar que la ciudad de Oviedo tuvo que participar del crecimiento de población que experimenta el Principado de Asturias durante el siglo XVI. Y existe un hecho que lo confirma: desde un principio el Ayuntamiento ovetense no se planteó, únicamente, la reparación y reacondicionamiento de la antigua red de abastecimiento (que también se llevó a cabo), sino que pensó en crear una totalmente nueva que surtiera a la ciudad con mayor abundancia y, al mismo tiempo, con más calidad.

Una nueva red que se nutriría de los manantiales existentes en la falda sur del monte Naranco: concretamente los de Ules, Elbo (o Boo) y, principalmente, Fitoria.

Elegidos por ser, presumiblemente, los de más fácil explotación, de su aprovechamiento se derivan, a pesar de todo, dos dificultades a las que hubo que hacer frente: por un lado, al transporte de las aguas de los manantiales hasta los lugares de la ciudad que parecían más convenientes para el consumo de la población; y, por el otro, a atravesar en este tránsito el valle de Lavapiés, situado entre San Pedro del Otero y Llamaquique y de una longitud aproximada de 370 metros.

Las propuestas presentadas para solventar ambos aspectos fueron variadas. Su estudio permite conocer no sólo los caracteres de cada proyecto, sino también las vicisitudes por las que atravesó la realización de las obras de la traída.

2. PROPUESTAS DE SOLUCION

Tras el proyecto inicial de Rodrigo de Tijera y Gonzalo de Sobremazas de 1568, el de Gonzalo de la Bárcena de 1570 fue el primero en hacer referencia explícita a la necesidad de levantar un acueducto en el valle de Lavapiés.

Ambos diseños, sin embargo, fueron desestimados en favor del de Juan Díaz de Carrandi y el de Juan de Cerezedo "el joven", presentados en 1571 y 1572 respectivamente.

Y así, mientras el Ayuntamiento hacía frente al pago de las inevitables expropiaciones e indemnizaciones a particulares, Juan Díaz de Carrandi se encargó de realizar los primeros trabajos de conducción del agua desde los manantiales. Simultáneamente Juan de Cerezedo "el joven", al que la documentación señala como maestro de obras de la Santa Iglesia Catedral de Oviedo, afrontaba la labor de salvar el citado valle. Proyectó para ello un acueducto que, tasado en mil novecientos ducados, se diseñó en un principio solamente con dos arcos, aunque acabó contando con un total de dieciocho.

Pero lo así diseñado y construido por ambos maestros durante casi una década no respondió a las necesidades de la ciudad; principalmente el acueducto que al no poseer la altura que el nivel de las aguas requería para fluir hacia el núcleo urbano resultó inservible.

Es por ello que en 1582 se solicitó la intervención, nuevamente, de Gonzalo de la Bárcena, maestro de hacer fuentes natural de Trasmiera (Santander), que por su amplia experiencia (trabajos en Valladolid, La Coruña, Santiago de Compostela, León, etc.) parecía el más adecuado para reiniciar la obra. En esta etapa tuvo la colaboración de su primo Pedro de la Bárcena.

Retomado así el proyecto de 1570, tasado ahora en ocho mil cien ducados, el maestro cántabro cumplió su primera fase, la traída de aguas hasta el borde del valle de Lavapiés, en 1587.

En este mismo año, Gonzalo de la Bárcena diseñaba su acueducto que tendría entre veintisiete y treinta y tres arcos. La parte realizada por Cerezedo sería integrada en el nuevo conjunto tras solucionar el problema de su falta de altura con la superposición de una nueva arquería.

Sin embargo, al comenzar los trabajos se comprobó que los arcos de Cerezedo presentaban en su cimentación importantes deficiencias, hasta el extremo de hacer inviable el intento de construir encima de ellos. De modo que en 1588 se optó por derribar todo lo erigido anteriormente y levantar un acueducto completamente nuevo. En su diseño Gonzalo de la Bárcena contó con la colaboración de los expertos en cimentación Rodrigo de Morgota y Domingo de Mortera, con cuyo concurso se aseguró la fortaleza del nuevo edificio. En 1591 el acueducto definitivo de cuarenta y uno o cuarenta y tres arcos, según las fuentes documentales que se consideren, estaba concluido.

Pero la traída de aguas, aunque había superado el principal obstáculo, sufriría antes de completarse un nuevo parón al presentar Gonzalo de la Bárcena ante la Chancillería de Valladolid una demanda contra el Ayuntamiento ovetense por considerarse engañado en la tasación del acueducto, cuya comentada reconstrucción había tenido que sufragar, en gran parte, el propio fontanero. Es este un eslabón más de toda una cadena de conflictos que se reprodujeron en múltiples ocasiones, causados principalmente por motivos parecidos al suscitado en la demanda de Gonzalo de la Bárcena y que se relacionan sistemáticamente con las dificultades surgidas en la financiación que se esbozarán más adelante.

Retirada la demanda, tras llegarse a un acuerdo previo, los trabajos se reanudan en 1596, año en el que el agua comienza a manar, por fin, en el interior de la ciudad, concretamente en la Plaza Pública o del Ayuntamiento.

El último proyecto, que fechamos en 1597, definió los rasgos fundamentales de las nuevas fuentes que, abasteciéndose de las aguas de los manantiales del Naranco mencionados, se erigieron en la Plaza Pública, Cimadevilla, la Plaza de la Catedral y la Corrada del Obispo. El final de su construcción, en 1603, supone también el final, en esencia, de la nueva traída de aguas, que se conocerá en su conjunto como Fuente de Fitoria.

Como resultante de este esfuerzo se obtuvo una obra que seguía este trayecto: las aguas recogidas en los manantiales de Fitoria, Ules y Elbo (o Boo) bajaban por la falda sur del Naranco y se unían, aproximadamente, a la altura del monte de La Caba-

ña desde donde viajaban hasta San Pedro del Otero (el actual San Pedro de los Arcos, nombre acuñado precisamente por la presencia en la zona del acueducto). Atravesaban después el acueducto (conocido hoy en día como Acueducto de los Pilares) que llegaba hasta un poco más allá del entronque entre las calles Marqués de Teverga y Cervantes, y circulaban por la parte superior del Campo de San Francisco. Desde aquí se trasladaban por la zona de las casas postreras de El Rosal para llegar a la calle de la Puerta Nueva, desde donde se llevaban a la Plaza del Ayuntamiento, lugar en que se levantó la primera de las fuentes. Desde ella se repartía el agua a Cimadevilla, a la Plaza de la Catedral y, finalmente, a la Corrada del Obispo.

Evidentemente, para materializar todos estos proyectos y hacer frente a todos los gastos que implicaban (de materiales, de personal, expropiaciones, etc.), fue necesario buscar un mecanismo de financiación adecuado.

3. MECANISMOS DE FINANCIACION

Durante la Edad Moderna los ayuntamientos utilizaban las rentas de los bienes de propios para financiar las obras públicas a acometer. Cuando estas no eran suficientes, y a falta de gravámenes directos, se recurría a la imposición de arbitrios sobre algunos de los bienes de consumo, como es el caso de las sisas sobre el vino, la sidra, la carne, el aceite, etc. Y así sucedió en el caso que nos ocupa: la escasez de las rentas de los bienes de propios obligó al Regimiento ovetense a solicitar, en septiembre de 1570, Licencia Real para imponer una sisa sobre el vino que, acompañada por otra sobre la sidra entre 1587 y 1595, será el pilar esencial de la financiación de la nueva red de abastecimiento y de sus reparaciones posteriores hasta 1622.

A su vez, y dado que los ayuntamientos, y por ende el Estado Moderno del siglo XVI, no lograron articular un sistema recaudatorio propio, para su explotación se hizo imprescindible el arrendamiento de su cobranza a particulares, previa subasta y otorgado generalmente por un año. Esta práctica en lo que se refiere a la sisa impuesta para financiar la Fuente de Fitoria se repitió desde 1571 hasta 1613. Pero de la utilización de este sistema de financiación se derivaron una serie de problemas de gran importancia.

Por un lado, no podemos olvidar que estamos ante una imposición de carácter indirecto que grava el consumo; por lo tanto sus montos se ven afectados por los vaivenes que en él se producen, vaivenes provocados por la coyuntura económica de cada momento. Y si los montos fluctúan, también lo hacen las cantidades que los particulares están dispuestos a pagar en las subastas a cambio de hacerse cargo de la explotación del impuesto, con las consecuencias negativas que, para el avance normal de las obras, se deducen de estas variaciones de los fondos que reciben los constructores. Los episodios que resultaron, en este sentido, más determinantes fueron la crisis de subsistencias que afectó al Principado entre 1573 y 1576, de la que se derivó la quiebra del arbitrio sobre el vino, y las consecuencias de la peste de fin de siglo.

Pero no son estos los únicos acontecimientos que pusieron en peligro el lógico discurrir de las sisas. Baste recordar el intento de suspender el impuesto sobre el vino

en 1591, por considerarse que ya llevaba corriendo excesivo tiempo, o la exención del gravamen sobre la sidra obtenido por la merindad de Nora a Nora que implicó, precisamente, la desaparición de dicho arbitrio.

Por otro lado, a este conjunto de problemas hay que añadir los que surgen del arrendamiento de su explotación a particulares.

Efectivamente, se demuestra que los personajes que concurren a las distintas subastas de las citadas sisas pertenecían a las mismas familias que copaban, desde hacía años, los cargos del Regimiento de nuestra ciudad. Regimiento cuya representatividad se reducía a la del grupo cerrado de familias nobiliarias del concejo, o de fuera de él, usufructuarias de cargos cuyo monopolio "toma un auge especial a partir de 1570"⁴ y tiende, de paso, a la perpetuidad. Así, del Regimiento de Oviedo, formado en 1581 por veintidós regidores, se ha podido escribir que en él "se sentaban todas las familias de prestigio del Principado, rodeadas de otras de sus respectivas clientelas"⁵, repitiéndose sus apellidos a la hora de cubrir los puestos de mayor relevancia⁶.

Y esta situación endogámica contribuirá a explicar el por qué los remates de las subastas obtuvieron valores considerados como poco elevados, incluso en momentos de cierta bonanza económica. Y, junto a ello, la permisividad del Ayuntamiento frente a las irregularidades y la falta de puntualidad en los pagos a los maestros de obras, hechos ambos que provocaban importantes retrasos y paralizaciones en sus labores.

De esta manera el Ayuntamiento ovetense, trasunto fiel de los del resto de las ciudades españolas en los años aquí analizados, tiende a subordinar los intereses de la ciudad a los de la oligarquía urbana, que aparece siempre bien representada en los proyectos de obra que, como el de la construcción de la Fuente de Fitoria, emanaban de las resoluciones municipales. Las actuaciones de la Administración central, a través de la figura del corregidor, rara vez contradijeron los planteamientos de magistrados y regidores ovetenses.

Las sisas son, por lo tanto, el mecanismo básico de financiación. Pero la ciudad hizo uso de otro medio, de gran importancia, en aquellos momentos en que era necesario reactivar los trabajos y dar un nuevo impulso a las obras, impulso que sólo sería posible con la inversión de grandes cantidades de dinero en un corto espacio de tiempo. Me refiero a los censos redimibles o "al quitar", verdaderos créditos hipotecarios entre los que destacan, por su cuantía (tres mil ducados) y su función (la reconstrucción del Acueducto de los Pilares) los que se contrataron a finales de la década de 1580.

CONCLUSION

Parece evidente que la trágica de la Fuente de Fitoria fue considerada por el Ayuntamiento ovetense como un asunto prioritario y, sin duda alguna, de primera necesidad, como demuestra la inversión en la misma de casi veinte mil ducados. Sin embargo, la población tardó treinta y tres años en poder disfrutar plenamente de las aguas provenientes de los manantiales del Naranco.

¿Por qué? Sin olvidar las limitaciones técnicas de la época, la necesidad de reconstruir el Acueducto como consecuencia de la impericia de Juan de Cerezedo, o la

paralización de las obras durante algunos años en virtud del pleito entre Gonzalo de la Bárcena y el Regimiento ovetense, creo que a la hora de explicar este retraso el acento se ha de poner en los medios de financiación y sus deficiencias ya comentadas.

A pesar de todo, todavía tendrían que transcurrir más de dos centurias para que la racionalidad administrativa encontrara una solución alternativa, un mecanismo adecuado que permitiera afrontar los gastos derivados de la construcción de obras públicas y que pusiera remedio a tantos desafueros.

BIBLIOGRAFIA

- (1) CANELLA SECADES, F.: *El libro de Oviedo*, pp. 394 y 395. Oviedo, 1887.
- (2) PASTOR CRIADO, M. I.: "El acueducto de los pilares de Oviedo", *Liño*, 7, p. 5. Oviedo, 1987.
- (3) CASAPRIMA COLLERA, A.: *Oviedo, tiempo recordado, tiempo recobrado*, p. 29. Oviedo, 1993.
- (4) GOMEZ ALVAREZ, U.: "La Sociedad Estamental Asturiana". En *Historia de Asturias*. Tomo III. La Modernidad. La Nueva España, p. 513. Oviedo, 1990.
- (5) BARREIRO MALLON, B.: "Concejos y Señoríos Asturianos en la Edad Moderna". En *Historia de Asturias*. Tomo III. La Modernidad. La Nueva España, p. 544. Oviedo, 1990.
- (6) Entre ellas encontramos a familias alguno de cuyos miembros ya aparecen en estos puestos desde finales de la Edad Media, como los Argüelles, Rúa, Hevia, Alas, Carreño, González de Oviedo, Vandujo, Ribera, Menéndez de Pravia, Quirós, Heredia... (véase CUARTAS RIVERO, M.: *Oviedo y el Principado de Asturias a finales de la Edad Media*, pp. 286 y 287. Oviedo, 1983) a los que podemos sumar, entre otros, los Valdés, Carabies, Ania, Vázquez de Prada, Estrada, etc.
- (7) Para un mejor conocimiento del tema recomendamos el libro de GOMEZ ALVAREZ, U.: *Estudio histórico de los Préstamos Censales del Principado de Asturias (1680-1715)*, Oviedo, 1975.

Fuentes manuscritas: Archivo Municipal de Oviedo

1. Aguas y alcantarillados

- Libro viejo de Fitoria (1568-1600).
- Libro de costo de Fitoria (1588).
- Escritura de obligación otorgada por Gonzalo de la Bárcena (1583).
- Escrituras de fianza sobre obras y reparación de fuentes y caños (1582-1600).
- Cantidades necesarias para terminar la Fuente de Fitoria (1613)
- Antonio de Estrada, arrendatario de la sisa, presenta un descargo del que resultan redimidos los censos (1617-1622)
- Petición de otro censo para conservar la Fuente de Fitoria (1627).

2. Libros de Poderes

- Folios 398 y siguientes.

3. Censos y redenciones

- 1 de febrero de 1589.

4. Libros de acuerdos del Ayuntamiento

- Tomo XIII (1592-1599).

Todas ellas recogidas en el *Catálogo-inventario del Archivo Municipal de Oviedo*. Oviedo, 1978-1990.

Fuentes mecanografiadas

- Abril San Juan, G.: *Historia del agua en Oviedo*. Oviedo, 1986.

